

j. g. ballard

Por Thomas Frick, 1984

Hijo de un comerciante inglés, J. G. Ballard nació y creció en Shanghai. Durante los últimos veinte años ha vivido de manera más o menos anónima en Shepperton, un suburbio indefinido y deslucido de Londres que se encuentra en el camino por el que se acercan los aviones al aeropuerto de Heathrow. La escritura de Ballard se sitúa con tanta frecuencia dentro del paisaje erótico y técnico del post Holocausto y se refiere a las tortuosidades más profundas de la conciencia posmoderna, que inevitablemente resulta bastante raro conocerlo personalmente. En la primera reunión, Ballard estaba de pie en actitud tímida a la entrada de una modesta casa de dos pisos semejante a todas las otras de la manzana: cualquiera lo hubiera tomado por un típico propietario suburbano, y llevaba puesto sobre la camisa un suéter marrón para protegerse del leve fresco de una tarde de verano.

Adentro, dos centelleantes palmeras plateadas, que se inclinan amistosamente sobre una reposera reclinable de aluminio, ponen la única nota de fantasía en una casa de aspecto perfectamente normal. Hasta hace pocos años, Ballard, que es viudo, crió a sus tres hijos aquí, solo, como progenitor único.

Nos sentamos en su estudio, que parece haber sido antes el living. Ballard trabaja en una vieja mesa de comedor colocada contra la pared sobre la cual se destaca su máquina de escribir semivetusta, rodeada de pilas bastante prolijas de cartas, libros y papeles. Los anaqueles de la biblioteca están atestados por una extraña colección de libros que incluye un grueso texto de anatomía ilustrada que lleva el título de *Heridas producidas por accidentes automovilísticos*, el informe completo de la Comisión Warren, las obras completas de Shakespeare y muchos libros sobre surrealismo, dadaísmo, futurismo y pop art.

Como es un conversador extremadamente coherente y dedicado a temas diversos, Ballard expresa sus ideas, especulaciones y preocupaciones con considerable fuerza. También es evidente en él un notable sentido del humor y uno suele tener la sensación de que continuamente está divertido, o al menos irónicamente divertido por el simple hecho de la existencia.

En el momento en que se realizó esta entrevista, Ballard acababa de terminar el primer borrador de su última novela, *El imperio del Sol*, que fue publicada en octubre de 1984 y muy elogiada en ambos lados del Atlántico. “Es la primera buena reseña crítica que consigo en Estados Unidos en quince años”, comenta Ballard refiriéndose a las recepciones bastante indiferentes que sus libros han tenido en ese país hasta la fecha. Esta situación ha intrigado desde hace mucho tiempo a Ballard, quien conscientemente alude a la iconografía específicamente estadounidense en la mayor parte de su obra. Sin embargo, a muy pocas semanas de su publicación, *El imperio del Sol* se convirtió en su obra más exitosa comercialmente. Esta novela de “no ficción” –un gran desvío temático en el caso de Ballard– detalla sus propias experiencias adolescentes, primero en Shanghai durante la guerra como hijo de un comerciante británico y luego, después de Pearl Harbor, como fugitivo y más tarde prisionero de guerra en el Lunghua Assembly Center. “Supongo que me llevó mucho tiempo olvidar eso, y después me llevó mucho tiempo recordarlo”, dijo Ballard recientemente a un entrevistador que le preguntó por qué recién ahora había intentado la reconstrucción de esas experiencias.

Después de más o menos una hora de conversación, sirve whisky escocés Teacher con soda, y habla brevemente acerca de las virtudes del agua de Shepperton (hay varios tanques de reserva cercanos). Mientras el sol se pone en el sombreado y verde patio trasero que resulta visible a través de grandes ventanas francesas, prevalece un momento de tranquilidad suburbana. “No sé por qué terminé aquí, verdaderamente...”, comenta Ballard. “En realidad, los suburbios son lugares mucho más siniestros de lo que imaginan los pobladores de la ciudad. Esta misma chatura empuja la imaginación a nuevas zonas. Quiero decir, uno tiene que levantarse a la mañana pensando en algún acto transgresor simplemente para asegurarse de la propia libertad. No hace falta que sea nada demasiado importante, con pegarle una patada al perro, basta.”

j. g. ballard

Está usted dispuesto a correr la misma suerte que el ciempiés, el cual cuando se le preguntó exactamente cómo caminaba, se suicidó?

–Haré todo lo posible para examinar mis manos en el espejo.

–Entonces, ¿cómo escribe usted exactamente?

–En realidad no hay ningún secreto, uno simplemente descorcha la botella, espera tres minutos y dos mil o más años de artesanía escocesa hacen el resto.

–En algunos momentos su obra parece poseer una suerte de cualidad profética. ¿Es usted consciente de eso en el momento en que escribe?

–Es cierto que tengo muy poca idea de qué es lo que escribiré a continuación, pero al mismo tiempo tengo una poderosa premonición de todo lo que se extiende ante mí, incluso dentro de diez años. Con esto no estoy aludiendo a nada demasiado portentoso. Supongo que las personas –por cierto los escritores imaginativos– que explotan conscientemente sus propias obsesiones lo hacen, en parte, porque esas obsesiones se extienden ante ellos como escalones, como peldaños, y sus pies son atraídos por ellos. En cualquier momento, soy consciente de que mi mente y mi imaginación se están dirigiendo hacia un punto en particular de la brújula, que todo el edificio se está preparando para inclinarse hacia un lado, como si fuera un enorme granero mugriento.

–¿Esa manipulación de sus obsesiones ha llegado a convertirse en algo mecánico con el paso de los años?

–Me exploto a mí mismo de manera calculada, pero de todas maneras debemos recordar el viejo chiste acerca de la rata de laboratorio que dijo: “He conseguido entrenar a este científico... cada vez que empujo esta palanca, él me da un poco de comida”.

–Usted ha escrito sobre Salvador Dalí y Max Ernst, y en particular los surrealistas parecen ser los que más han disparado su imaginación.

–Sí, los surrealistas han ejercido una tremenda influencia sobre mí, aunque estrictamente hablando la palabra correcta sería corroboración. Los surrealistas demuestran cómo el mundo puede ser rehecho por la mente. Según la frase de Odilon Redon, ellos ponen la lógica de lo visible al servicio de lo invisible. Por cierto han desempeñado un papel muy importante en mi vida, mucho más importante que cualquier escritor que yo conozca.

–¿Y sus hijos? ¿Han sido origen de algo que haya aparecido en su ficción?

–Mis hijos tienen más de veinte años, mi hijo se ocupa de computación, una de mis hijas se dedica a las bellas artes, la otra está en la BBC. No han aparecido para nada en mi obra, algo curioso, ya que he vivido tan cerca de ellos durante tantos años y dado que eran para mí más importantes que mi ficción. Presumiblemente las fuentes de mi imaginación, al menos, se remontan a un mundo que está más allá de mi vida adulta.

–¿Alguna de las drogas psicoactivas de los sesenta le proporcionó alguna clave para su escritura?

–Supongo que soy un bebedor entre mediano y pesado, pero no he ingerido ningún tipo de drogas desde un aterrador *trip* con LSD en 1967. Un error pesadillesco. Eso abrió para mí un ingreso al infierno que luego demoró años en cerrarse, y que me hizo dudar hasta de las aspirinas. Visualmente fue como mi novela de 1965, *El mundo de cristal*, novela que alguna gente cree que fue inspirada por mi *trip* con LSD. Eso me convenció de que una imaginación suficientemente poderosa y obsesiva puede llegar sin ayuda a las capas más profundas de la mente. (Supongo que más allá del LSD no hay nada.) La imaginación es la ruta más corta entre dos puntos concebibles, y es más que cualquier reacomodación física de las funciones cerebrales.

–En la década de los sesenta, Martin Bax y usted, como editores de la revista *Ambit*, hicieron una competencia con drogas.

–El doctor Bax y yo competimos en *Ambit* para ver cuál era la mejor prosa o poesía que se pudiera escribir bajo influencia de las drogas, y esa competencia produjo una cantidad de material interesante. En general, *cannabis* era el mejor estimulante, aunque salieron algunas cosas buenas con LSD. En realidad la mejor pieza de todas fue la que escribió Ann Quin, bajo la influencia de píldoras anticonceptivas.

–¿Aparte de su sueño adolescente de convertirse en psiquiatra, tiene usted algún otro sueño con respecto a tener otra vida, otra carrera?

–En realidad no he tenido ninguna fantasía íntima acerca de una vida alternativa, ni siquiera en el sentido de la ensoñación. Me gusta bastante la idea de terminar mis días emborrachándome hasta morir en alguna ladera de México. Fui a la misma escuela que Malcom Lowry, The Leys, en Cambridge, y curiosamente en el mes de septiembre de 1939, mientras esperaba con mis padres una barca que cruzara el Pacífico hasta Shanghai, viví en un departamento alquilado cerca de Vancouver y la isla Victoria donde Lowry tenía su cabaña. Nos quedamos allí un par de meses, mientras Lowry estaba en el mismo lugar. Su padre tenía el mismo entorno que el mío, venía de la misma zona industrial de Manchester. Se han construido mitologías más grandes sobre bases más pequeñas.

–Dado que un centro evidente de los temas y las imágenes de su obra se encuentra en los acontecimientos y personalidades de la década del sesenta, y dado que su obra era en esa época mucho más difundida en los Estados Unidos que ahora, ¿cuáles diría usted que fueron las principales alteraciones de la Zeitgeist?

–No estoy seguro de tener algo que agregar a lo que todo el mundo ha estado diciendo durante años. La década del sesenta era una época de multiplicación infinita de posibilidades, de verdadera generosidad en muchos aspectos, una enorme red de conexiones entre Vietnam y la carrera espacial, la psicodelia y la música pop, y todo ello relacionado de todas las maneras concebibles gracias al paisaje de los medios de comunicación. Todos nosotros estábamos viviendo dentro de una enorme novela, una novela electrónica gobernada por la instantaneidad. En muchos aspectos el tiempo no existía en la década del sesenta, era tan sólo un conjunto de infinitos presentes configurativos. El tiempo volvió en la década del setenta, pero no el sentimiento del futuro. Las manecillas del reloj ahora no van hacia ninguna parte. No obstante aborrezco la nostalgia y es posible que vuelva a producirse una mezcla igualmente ardiente. Por otra parte, al ser tan serio, el futuro puede resultar aburrido. Es posible que mis hijos y los suyos vivan en un mundo sin acontecimientos y que la facultad de la imaginación muera o se exprese exclusivamente en el mundo de la psicopatología. En *La exhibición de atrocidades* afirmo que, tal vez, la psicopatología deba mantenerse con vida como depósito, posiblemente el último depósito de la imaginación.

–En cierto sentido, en medio de la decadencia tecnológica y de la sobrecarga, usted sostiene un enfoque conservador paradójicamente protecnológico...

–Por cierto no soy ludista (1). Todo mi pensamiento está establecido de manera bastante clara en mi obra. Básicamente hay que sumergirse en las amenazantes posibilidades que ofrecen la ciencia y la tecnología modernas y tratar de nadar hasta el otro extremo de la piscina. Creo que mis opiniones políticas se formaron durante mi infancia en Shanghai y durante los años que pasé en un campo de prisioneros. Detesto las alambradas de púas, ya sean las reales o la variedad figurativa. El marxismo es una filosofía social para los pobres, y lo que necesitamos ahora es una filosofía social para los ricos. Para los norteamericanos, eso significa Ronald Reagan, pero yo pienso en alguna otra cosa, en algún conjunto de valores moderadores, ya sea del tipo *noblesse oblige*, la obligación que tienen las antiguas clases altas inglesas hacia los menos afortunados, o la idea budista de ganar mérito. Aparte de cualquier otra cosa, el moderno paisaje de las comunicaciones crea un sistema diferente de necesidades y de obligaciones. He escrito acerca de eso en gran parte de mi obra narrativa.

–Algo raro que he advertido con respecto a las variadas respuestas que ocasiona su obra, es que algunas personas piensan que es extremadamente divertida, mientras que otras la leen de una manera absolutamente seria. Sé que yo mismo he tenido ambas respuestas ante la misma obra, aunque habitualmente en momentos diferentes. ¿Usted qué piensa?

–Es una pregunta tramposa. Siempre me han acusado de ser un escritor sin sentido del humor. *Crash* me resulta muy divertida, sólo leer un párrafo en voz alta solía provocarme carcajadas, porque, en cierto modo, es muy ridículo. Y *El día eterno* tiene fuertes elementos de un humor oculto de la misma clase. Pero, claro, la existencia misma es una clase de broma muy especial.

(1) Alguien que se opone al cambio tecnológico. El término “ludista” deriva de un grupo de obreros ingleses, liderados por Ned Ludd, que a principios del siglo XIX destruían las maquinarias destinadas a ahorrar mano de obra como protesta ante el avance de la tecnología.



Este fragmento pertenece a la serie Los reportajes de The Paris Review *y se reproduce por gentileza de Editorial El Ateneo.*

VERANO12 juegos

CRUCI-CLIP

Definiciones verticales (fila superior): MUY GORDO · TAZÓN SIN ASAS · REPITE · ESTAFARÁN · JUNTAS, PEGAS · (VADE) HACIA ATRÁS · RIBETEAR

Definiciones horizontales (columna izquierda): SECCIÓN NECROLÓGICA DE UN DIARIO · PRODUCTO DE UN ROBO · FUNDAMENTAL, BÁSICO · PONER HUEVOS LAS AVES · (... GIANNINI) ACTOR ITALIANO · ORGULLOSOS, SOBERBIOS · EXPRESA ALEGRÍA · DESCUBRIR LO CERRADO · NEOCATÓLICA · ESTADO DE ASIA

Definiciones en el interior de la grilla: RELATAMOS, CONTAMOS · (DANNY) ACTOR · PASARÍA ROZANDO · DESMENUZAR CON LOS DIENTES · MONEDA DE PARAGUAY · PERTURBAD, TRASTORNAD · GRUTA · SUSTRAERÁ UNA PARTE · TE ATREVERÍAS · PRUEBEN LICORES · PLANTA UMBELÍFERA · CONSTRUÍ · PERMANECER EN UN LUGAR · APODO DEL MAGNATE ONASSIS · REGLA, PAUTA · VOCAL EN PLURAL

CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1						■					
2			■						■		
3						■					
4			■						■		
5		■								■	
6	■				■		■				■
7				■				■			
8						■					
9						■					
10		■		■				■		■	
11		■				■				■	

AYUDAS: DELON, NALON, PAVON

HORIZONTALES

1. Marcar haciendo hoyo, mancha u otro menoscabo./ Solicitad.
2. Iniciales del actor Gould./ Palpar./ Onomatopeya de la risa sarcástica.
3. De poca altura (pl.)./ Arbol indígena de la Argentina.
4. Símbolo de la plata./ Río de Asturias./ Voz que, repetida, se usa para arrullar.
5. Elevación del terreno (pl.).
6. Número par./ Cloruro de sodio.
7. Consonante en plural./ Orinar./ Hijo de Noé.
8. Laguna de la Argentina (Corrientes)./ Orgullosa.
9. Faltas de humedad./ (Anwar al...) Político egipcio, presidente de la República en 1970.
10. Prefijo: espalda.
11. Acido desoxirribonucleico./ Scandinavian Airlines System.

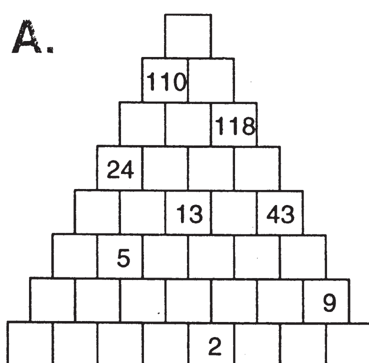
VERTICALES

1. Ciudad de la cual era rey Layo./ Separación en una comunidad.
2. Rey de los amalecitas./ En contabilidad, columna opuesta al haber.
3. Conjunto de frutos recogidos del campo sembrado.
4. Sin acentuación (pl.)./ Dios egipcio.
5. Arbusto rosáceo./ Rey de los argonautas.
6. Chupa suavemente un jugo.
7. Nombre de algunas mariposas./ De Rusia (pl.).
8. Instrumento quirúrgico (pl.)./ Cuarta nota musical.
9. Extraídos, separados.
10. Ijada./ Pelo de las ovejas y carneros.
11. (Alain) Actor francés./ Quitan la vida.

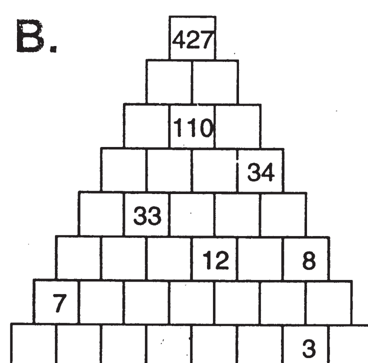
PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como ayuda, van algunos ya indicados.

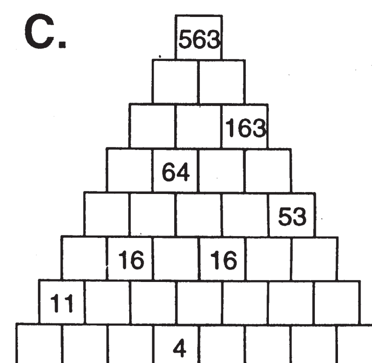
A.



B.



C.



SOLUCIONES

CRUCI-CLIP

CRUCIGRAMA

PIRAMIDES NUMERICAS

A. B. C.